¡Proletarios de todos los países, uníos!

EL PROLETARIO

PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

SUPLEMENTO PARA LATINOAMERICA DE EL PROGRAMA COMUNISTA

MAYO 1979 Nº 4

EUROPA Y EE.UU.: US$ 0,50 - A. L.: US$ 0,35

En el 60° aniversario de la fundación del Comintern

¡Por el partido mundial de la revolución proletaria!

El 4 de marzo de 1919, se fundaba en Moscú la Tercera Internacional, que habría de reemplazar al "cadáver pestilente" de la Segunda, hundida en el pantano de la democracia, del socialimperialismo y del socialpacifismo. Se trató entonces de izar la bandera del comunismo, en torno a la cual debían reagruparse las fuerzas del proletariado revolucionario.

En medio de una guerra civil *ya desencadenada* que abrazaba no solo a la Rusia proletaria y bolchevique, sino también a toda la Europa oriental, y muy pronto al lejano Oriente, la III Internacional proclamaba en su *plataforma* que una nueva época había nacido: "la época de la revolución comunista del proletariado".

Al negar el pacifismo y el legalismo, afirmaba que "*la conquista del poder político no puede consistir en un simple cambio*

(sigue en pág. 2)

EN ESTE NUMERO:

- El Concilio de Puebla.
- Irán: una llamada de alerta para el proletariado internacional.
- La triste trayectoria del sandinismo.

Las huelgas en Brasil

Los pelegos en acción

En mayo de 1978, los metalúrgicos de São Paulo, primer centro industrial de Brasil y de América Latina, entraban en huelga, marcando la ruptura de una década de paz social casi absoluta. Desde entonces, el movimiento reivindicativo no ha cesado de desarrollarse, arrastrando a las más diversas capas de trabajadores. En marzo de este año, cerca de 220 mil metalúrgicos del ABC (S. André, S. Bernardo y S. Caetano, en la periferia de la ciudad de São Paulo) vuelven al primer plano al protagonizar la tercera huelga metalúrgica que ha explotado en S. Paulo en estos 10 meses y que se coloca en la cumbre de una vasta oleada huelguística que envolvía varias categorías de trabajadores en los principales centros del país.

La huelga ha empezado el 13/3 en rechazo del acuerdo para la renovación del convenio colectivo propuesto por la patronal y que unos 29 sindicatos del interior del estado de S. Paulo han,

(sigue en pág. 10)

El conflicto China-Vietnam

Se enciende un foco de la guerra mundial

Para comprender mejor el porqué del conflicto sino-vietnamita, es útil recordar brevemente su marco histórico, definido por una parte por el desarrollo de la revolución burguesa en Indochina y, por otra, por la política de Pekín en el sudeste asiático, política que los sucesivos cambios de guardia en este inmenso país no han modificado en sus rasgos esenciales desde la victoria de la revolución en 1949.

En ausencia del proletariado - ausencia debida a su destrucción a escala internacional como fuerza autónoma por la contrarrevolución stalinista -, la fuerza más dinámica del área indochina era la burguesía vietnamita, que se volvió la dirección natural del movimiento nacional-revolucionario. Pero, confirmando nuestra clásica previsión, establecida desde 1850 por Marx en el *Mensaje a la Liga de los Comunistas*, ella no ha conducido este movimiento hasta el fin, impidiendo la realización de todas sus potencialidades revolucionarias, inclusive en el sentido puramente democrático burgués. Esta *traición* del movimiento nacional revolucionario indochino por la burguesía vietnamita se ha manifestado en un doble plano: social y político.

Unificación "a la prusiana" de la Indochina

Desde el punto de vista social ella no ha realizado la revolución agraria ansiada por las masas que constituían el substrato social del movimiento. Como ya había previsto Marx en aquel texto fundamental, este abandono se debe al temor de que la radicalización de las masas, condición de la revolución agraria, acarreara el desbordamiento de la dirección burguesa. Como vimos en nuestro nº 16, la revolución de los khmers "rojos" es una reacción contra esta traición: los campesinos khmers toman a su cargo la revolución agraria abandonada por la burguesía indochina, encarnada por la vietnamita. En el plano de los Estados, el antagonismo entre Camboya y Vietnam era la expresión de la oposición de intereses entre burguesía y campesinado.

Desde el punto de vista político, el movimiento nacionalrevolucionario de las masas plebeyas y campesinas de Indochina llamaba a su unificación en *un único Estado nacional* indochino. Ahora bien, la constitución de tal Estado por la *vía revolucio-*

(sigue en pág. 11)

¡Por el partido mundial de la revolución

(viene de pág. 1)
de personas en los ministerios, sino en la destrucción del aparato estatal enemigo, el control de la fuerza real, el desarme de la burguesía, del cuerpo de oficiales contrarrevolucionarios, de los guardias blancos, el armamento del proletariado, de los soldados revolucionarios y de la guardia roja obrera; la destitución de todos los jueces burgueses y la organización de los tribunales proletarios, la destrucción de la administración reaccionaria y la creación de nuevos órganos de administración proletarios".

Al denunciar los mitos burgueses de la "voluntad popular" y de la "unidad del pueblo", afirmaba que, *"como todo Estado, el Estado proletario es un aparato de coerción dirigido contra los enemigos de la clase obrera. Su misión es la de romper y volver imposible la resistencia de los explotadores que, en su lucha desesperada, emplean todos los medios para ahogar la revolución en sangre".*

Al rechazar el lema clásico del oportunismo, para quien "el movimiento es todo, el objetivo final nada", establecía la estrecha *dependencia* de la táctica revolucionaria a los principios: *"El período revolucionario exige que el proletariado emplee un método de lucha que concentra toda su energía, a saber, la acción directa de las masas hasta su consecuencia lógica, el choque directo, la guerra declarada contra la máquina del Estado burgués. A este objetivo deben estar subordinados todos los otros medios de acción".*

Al proclamar su carácter *no nacional* y genuinamente antimperialista, sostenía que *"La Internacional subordinará los intereses llamados nacionales a los intereses de la revolución mundial, y realizará así la solidaridad de los proletarios de los diferentes países"* y *"apoyará a los pueblos explotados de las colonias en su lucha contra el imperialismo, a fin de acelerar el derrumbe final del sistema imperialista mundial".*

* * *

La fundación del Comintern se realizó en una coyuntura mundial de polarización y entusiasmo de inmensas masas del proletariado mundial en torno a la bandera de la Revolución de Octubre, pero en la cual faltaba una vanguardia política implantada, *a escala del Occidente*, de capitalismo ultramaduro y democrático, capaz de encuadrar, movilizar y dirigir los titánicos sobresaltos de un proletariado en persistente ebullición en la vía de la preparación revolucionaria, de la conquista del poder y de la dictadura de clase.

Un año más tarde, cuando de los cuatro puntos cardinales convergerán a Moscú aquellos partidos, fracciones y grupos heterogéneos y abigarrados que respondían al llamamiento de 1919, los bolcheviques debieron dar desde el estrado no solo *clases básicas* de marxismo, de los principios fundamentales del comunismo y de elementos de la táctica revolucionaria (1), sino que debieron aún establecer, con las 21 Condiciones de Admisión, un *cordón sanitario* (que nosotros hubiéramos querido más rígido) para ahuyentar a todos aquellos que, sin adherir ni al espíritu ni a la letra del bolchevismo, venían "por la moda", lo que significaba *adaptarse* (¡pero el papel de la Vanguardia comunista es la de *dirigir*!) al generoso ímpetu revolucionario de las masas obreras, o, en el peor de los casos, *por cálculo*, por oportunismo, para "demostrar" a estas mismas masas la "imposibilidad de aliarse" con los bolcheviques, supuesto producto de la "bárbara Rusia", centralistas, autoritarios y ... sectarios.

Otro año más, y cuando tras la Acción de Marzo en Alemania maduraban las condiciones del ulterior 1923 alemán, donde habría de decidirse la suerte de la revolución europea, en el III Congreso (junio de 1921), los bolcheviques debieron ocupar desesperadamente las sesiones de un congreso crucial para tratar de crear contrapesos contra las oscilaciones pendulares y catastróficas de la generalidad de los partidos occidentales que iban del pasivismo y el legalismo de un socialdemocratismo mal curado al aventurerismo de "izquierdas" infantiles mal maduradas.

Sobre los hombros de los bolcheviques pesaron la lucha por la defensa de la dictadura proletaria en Rusia contra la burguesía nacional e internacional y el gigantesco esfuerzo para dar al proletariado mundial lo que éste aún no poseía internacionalmente: el Partido guía capaz de afrontar seriamente y sin demagogia las tareas de la revolución.

En el foso existente entre las "condiciones objetivas" de la revolución en Occidente en aquellos ardientes años y las "condiciones subjetivas" (la primera, entre todas, el Partido), está la clave tanto de la derrota de las revoluciones proletarias en Europa y en China como de la degeneración del Comintern, y la posterior victoria del stalinismo, enterrador del Partido bolchevique, de la Internacional y del poder proletario en Rusia.

La Internacional, que había representado en sus orígenes la reconstrucción integral, teórica y programática, del movimiento comunista, emprendió gradualmente la pendiente del debilitamiento y desdibujamiento de sus orientaciones bajo el peso aplastante tanto de las ofensivas burguesas dentro y fuera de Rusia como de esas *balas de plomo* que representaban en su seno una miríada de tradiciones y tendencias heterogéneas mal definidas. Estas últimas fueron incapaces, no digamos ya de aportar una orientación estable y rigurosamente ortodoxa dentro de la Internacional, sino de servir de correas de transmisión de las directivas centrales originales. Esto hubiese sido esencial, como lo demostró el caso de la Izquierda italiana, la única corriente en Occidente que adhirió a la Internacional con una total identidad teórica, programática e incluso en gran parte táctica con sus bases constitutivas de 1920, para impedir que desprendimientos centristas más o menos importantes no vengan a gangrenar las nacientes secciones nacionales, y para hacer respetar en su espíritu y en su letra ese *mínimo indispensable* representado por las 21 Condiciones de Admisión y el conjunto de las Tesis del II Congreso. Esto hubiera sido aún esencial, como también lo demostró el caso de nuestra Izquierda, para ayudar a los bolcheviques a establecer el balance de tácticas, como la del "frente único político", la del "gobierno obrero" y del "gobierno obrero y campesino", y el balance de métodos organizativos, como la pretendida " "bolcheviza ción", que jalonan derrotas del proletariado mundial, los crecientes desbandes internos de la Internacional misma y, poco a poco, el desprendimiento de sus bases originales. Será una Internacional ya debilitada y corroída en los planos teórico y programático, y desfigurada en el organizativo, la que recibirá el golpe decisivo con la victoria de la infame teoría del "socialismo en un sólo país" y su cortejo de totales renegamientos (2).

Recordar hoy el llamamiento de 1919 al proletariado comunista del mundo entero, es recordar también que el entusiasmo y empujes revolucionarios sólo pueden ser conducidos a término *a condición* de ser canalizados, integrados y dirigidos por la acción tenaz, constante e invariante, por encima de los flujos y reflujos de las situaciones, del órgano político sólidamente forjado en los terrenos teórico, programático, organizativo y de participación en las luchas obreras *mucho antes* de tener que hacer frente a las tareas supremas del asalto insurreccional y de la instauración de su dictadura. Si la victoria del proletariado ru-

proletaria!

so es la confirmación rotunda de esta necesidad, la derrota de la revolución en la primera posguerra y la bancarrota de la III Internacional son la confirmación de la necesidad de su *existencia previa a escala internacional*. El hecho de que las dos *únicas* oposiciones a la victoria del stalinismo dentro de lo que no llegó a ser el Partido Comunista Mundial hayan sido la Vieja Guardia bolchevique y la Izquierda italiana (cuyos combates en defensa del marxismo ortodoxo remontan *a inicios del siglo*)(3), es otra prueba histórica irrefutable de esta misma verdad.

El partido puede esperar a las masas, pero las masas no pueden esperar al partido. La lucha por echar un puente entre el Octubre victorioso de ayer con los Octubres internacionales de mañana pasa hoy por la extensión internacional del partido, por la selección de una vanguardia proletaria que haya adquirido el balance internacional de las luchas proletarias del pasado y que confirme así los puntos cardinales del programa y de los principios invariables del marxismo. De una vanguardia que haya resuelto así las grandes líneas de la acción práctica en la sucesión cambiante de las situaciones, y que haya trabajado para forjar una organización de revolucionarios *de profesión*, exentos de todo amateurismo, a la altura de las difíciles tareas de la revolución. Una vanguardia que haya aprendido, al calor de los choques sociales, el duro arte de la lucha, extendiendo su influencia entre las masas obreras e introduciendo, de esta manera, la premisa de su acción y disciplina unitarias.

Sin la "repetición general" de 1905, la revolución de 1917 no habría sido posible. Nuestra tarea precisamente es hacer *a posteriori* del 1917-26 internacional la "repetición general" de la revolución futura, y volver a suministrar a las explosiones revolucionarias del proletariado el instrumento político indispensable de la victoria.

---

(1) Cfr. las Tesis aprobadas en dicho Congreso.

(2) El lector podrá encontrar en nuestras "Tesis Características" (Ed. Programme) y en la serie "En defensa de la continuidad del programa comunista" en curso de publicación en nuestra revista *El Programa Comunista*, (nº 24, 26 y 29) el desarrollo de esta cuestión. Cfr. también nuestra *Storia della Sinistra Comunista*, II, (1919-1920), cap. VIII y IX.

(3) Cfr. *Storia della Sinistra Comunista*, I (desde sus orígenes hasta 1919).

El Concilio de Puebla

Los apóstoles de la paz social preparan la guerra de clases

El instinto de clase, aliado a una respetable experiencia histórica, hace presentir a la burguesía mundial que la crisis que sacude su sistema económico acarreará, como tantas veces en el pasado, violentos cataclismos sociales. Y ella se prepara en todos los planos -político, ideológico, social, militar, etc.- a enfrentarlos.

Uno de los ejes centrales de esta preparación es la cruzada antiterrorista. La condena del terrorismo es hoy, en realidad, condena anticipada de la violencia proletaria que explotará necesariamente mañana como respuesta a la "violencia blanca" representada por la miseria creciente, el desempleo, la inseguridad -en suma, la ofensiva generalizada del capital contra el trabajo- y que siempre es acompañada de la violencia a secas de un Estado cada vez más represivo, más policíaco, más totalitario (aunque bajo el manto vestal de la democracia). Con esta campaña la burguesía intenta no solo desarmar a los proletarios resignándolos al pacifismo, sino, sobre todo, obtener la formación de un vasto frente único antiobrero, cuya base está precisamente en el rechazo, por parte de los partidos "obreros" oportunistas (e incluso gran parte de la llamada extrema izquierda), de la violencia obrera a través de la condena del terrorismo. En Europa, donde la campaña ha sido lanzada, este resultado está siendo bien logrado.

Ahora se trata de extenderla a América Latina, donde, en la fase histórica abierta por la crisis mundial, el proletariado será llevado a la lucha autónoma de clase -como ya lo preanuncian las repetidas oleadas en diferentes países del continente- fuera y contra la democracia. Nada más natural que sea la Iglesia quien abra la campaña: sólo ella y el imperialismo yankee son fuerzas políticas continentales, aunque este último, por su dominación, no está en condiciones de cautivar a las fuerzas "progresistas" y "de izquierda", y aglutinarlas en un frente preventivo de la violencia proletaria. Pero sí lo está la Iglesia, que no solo tiene profundos vínculos con las masas trabajadoras, sino incluso hasta con los partidos de "izquierda".

Este es el sentido del documento final de la IIIª Conferencia Episcopal Latinoamericana (CELAM) de condena a la violencia, documento que sólo puede espantar al filisteo que cree en una "Iglesia progresista", "de los pobres"; a aquél susceptible de dejarse engañar por la condena "de la fortuna, la persecución de los disidentes políticos": ¿acaso la Iglesia no ha bendecido a los Pinochet, Videla y Cía? En cambio, lo que sí condena en serio el documento de Puebla es "la violencia terrorista y guerrillera, cruel e intolerable cuando se desata. De ningún modo se justifica el crimen como camino de liberación. La violencia engendra inexorablemente nuevas formas de opresión y esclavitud, ordinariamente más graves que aquellas de las que se pretende liberar (...) Debemos recalcar también que cuando una ideología apela a la violencia reconoce con ello su propia insuficiencia y debilidad".

Ciertos comentaristas burgueses han señalado la diferencia entre el documento de Puebla y la Populorum Progressio de Pablo VI (1967), en la que se admitía la insurrección como ultima ratio en el caso de una "tiranía evidente y prolongada". Pero lo que estos señores no comprenden es que la diferencia es de fase histórica. Ayer, la violencia guerrillera que explotaba contra las tiranías tenía un contenido democrático burgués, o sea, se planteaba -al nivel de la historia humana- en el mismo terreno que la Santa Madre Iglesia, que podía esperar, así, recuperarla (es por la misma razón que hoy bendice la guerrilla sandinista, del mismo tipo que aquellas). En tanto que la violencia que la Iglesia condena hoy es la que preanuncia la violencia proletaria de mañana, violencia que se plantea en un terreno histórico opuesto al suyo y, por ende, irrecuperable por ella.

El documento de Puebla es el grito de guerra de la Iglesia, apóstol de la pax hominibus, de la paz social, contra el proletariado. Este debe ver ahí una razón más para romper con la Iglesia y todas las fuerzas y grupos políticos que tienden la mano a ésta, y proclamar a su vez la guerra a muerte al clericalismo.

programme communiste

*

communist program

Una llamada de alerta para

Bajo los golpes de una revuelta popular urbana, en la cual las masas obreras de los centros industriales y las semiproletarias de las chabolas han suministrado *la materia prima* determinante de la lucha, cayó un régimen político apuntalado por el imperialismo mundial y vasallo de éste, y agente *burgués* de una acelerada acumulación primitiva de capital (1).

Como en las revueltas de Túnez, de Egipto, del Perú, un único hilo recorre estos sismos en el terreno del capitalismo mundial, sismos que no se inscriben en el arco histórico descendente de los movimientos nacionales y anticoloniales de la posguerra, sino que *preludian* el futuro terremoto revolucionario cuyos crujidos anunciadores, que hoy parten de la periferia de la "constelación de grandes estados, señores de las clases trabajadoras indígenas, de las colonias de color, y de todos los Estados satélites menores en los países de raza blanca" (2), deberán alcanzar sus centros neurálgicos en las metrópolis del imperialismo.

Al calor de una persistente revuelta social, que nace de un período de *prosperidad generalizada* del capitalismo mundial y nacional, y no de una guerra que ya habría minado internamente la masa militarizada de los soldados, funde en Irán el monolitismo de un ejército que era una de las joyas de la corona imperial americana; el terrorismo de la jerarquía militar pierde pie, y las masas, por instinto, buscan la brecha que termina por ceder ante la marejada de la insurrección, arrastrando tras de sí una parte decisiva de los soldados. Las disenciones en la cúpula militar, ligadas a la posibilidad de un cambio *blanco* de régimen *por arriba*, explican la relativa rapidez de su desemboque, pero no quitan validez a la dinámica social de las "fuerza elementales".

Por cierto, esta insurrección hunde sus raíces en *la guerra y la violencia social* que ha trastocado hasta sus bases el equilibrio secular de un país que arrastra aún, adaptándolo, un pasado social arcaico en el torbellino vertiginoso de las transformaciones burguesas. Pero para nosotros, marxistas, su alcance es *mundial* : ¿no ha hecho lo mismo el capital de las metrópolis proletarizando vertiginosamente sus poblaciones agrarias y aspirando masas inmensas de proletarios del "Tercer Mundo" en los campos de concentración industriales? ¿no ha hecho lo mismo el capital imperialista al reconstituir sus economías devastadas por la guerra? ¿y no hace lo mismo al romper hoy, obligado por la crisis, las bases de un equilibrio frágil -si medido a escala de la historia- representado por el auge económico de *solo* cinco lustros?

¡Qué lección, qué confirmación del marxismo! Sabíamos, con nuestros maestros, que la conquista del poder en los países capitalistas más desarrollados será mucho más difícil que en los países atrasados, recientemente aburguesados, o en vía de aburguesamiento. Pero no lo fue y no lo será a causa de su potencial militar intrínseco (que en Irán era enorme e hipersofisticado), sino por lo que los jóvenes capitalismos *no tienen*, y que los viejos han tenido decenios para darse: una red política, social e institucional que liga al aparato estatal de la clase dominante no solo y no tanto a las capas secundarias de la burguesía y a la pequeña burguesía, sino, por sobre todo, a las masas proletarias, encerrándolas en las camisas de fuerza del parlamentarismo, del electoralismo, del tejido cada vez más cerrado de medidas "sociales", cuyos agentes son esos partidos que, en vez de ser los representantes de los objetivos históricos de la clase obrera, y esos sindicatos que, en vez de ser los representantes de sus intereses materiales y las correas de transmisión de los primeros, son por el contrario las verdaderas correas de transmisión de la clase dominante en el seno de las masas explotadas.

Pero una cosa es una insurrección, otra muy distinta es una *revolución*, la *destrucción* del viejo Estado, la conquista del poder por parte de las masas insurrectas. "Al surgir de un empuje 'elemental' de una revuelta general, de diferentes protestas, manifestaciones, huelgas, choques callejeros, -escribe Trotsky en su "*Historia de la Revolución Rusa*"-, la insurrección puede arrastrar una parte del Ejército, paralizar las fuerzas del enemigo y derrocar el viejo poder. Así ocurrió, hasta cierto punto, en febrero de 1917 en Rusia. Casi lo mismo sucedió en el desarrollo de las revoluciones alemana y austro-húngara durante el otoño de 1918. En la medida en que, en estos dos casos, a la cabeza de los insurrectos no había ningún partido profundamente penetrado de los intereses y de los objetivos de la insurrección, *su victoria debía transmitir inevitablemente el poder a las manos de esos partidos que, hasta último momento, se habían opuesto a la insurrección*".

La dinámica social tiene sus leyes, como la física, y es precisamente por ello que el marxismo es una *ciencia*. Unico partido del Orden social con raíces sociales profundas, la casta religiosa se encontró depositaria de un poder delegado por una insurrección que ella combatió hasta último momento (3). "Derrocar el viejo poder, es una cosa, continúa Trotsky. Conquistar el poder otra cosa muy distinta. La burguesía, en una revolución puede apoderarse del poder no por el hecho de ser revolucionaria, sino por ser la burguesía: ella tiene en sus manos la propiedad, las escuelas, la prensa, una red de apoyos, una jerarquía de instituciones (¡la iglesia !, ndr). Muy distinto es para el proletariado: desprovisto de privilegios sociales que existirían fuera de él, el proletariado insurrecto no puede contar más que con su sombra, su cohesión, sus cuadros, su Estado Mayor". Por ello, precisamente, "las insurrecciones de las fuerzas 'elementales' no pueden salirse de los marcos del régimen burgués".

La tragedia del proletariado iraní (y tras suyo, la de las masas proletarizadas de las chabolas), que es la tragedia del proletariado mundial por la obra devastadora del stalinismo, es que no se le ofrece otra alternativa que marchar, empujado por stalinistas y maoístas, junto a la burguesía "constitucional" y a las capas burguesas más reaccionarias, detrás del clero chiita, ese retoño del socialismo feudal escarnecido por Marx y por los obreros de la época, que en la práctica toman parte en todas las medidas de represión contra la clase obrera" (4), y que "en la vida diaria, a pesar de su fraseología ampulosa, se las ingenian para recoger los frutos de oro del árbol de la industria"

La tragedia es que al proletariado iraní -y éste es hoy el caso por doquier- no se le ofrece otra alternativa política que marchar detrás de fuerzas que sólo son portadoras de *reformas* del Estado, de su *adaptación* en función de las exigencias impostergables de la *conservación social*, de las fuerzas que, por su actividad misma, tienden a dotar

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO

La línea que va de Marx a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia (Liorna, 1921); la lucha de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del "socialismo en un solo país" y la contrarrevolución staliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los bloques de la Resistencia; la dura obra de restauración de la doctrina y del órgano revolucionarios, en contacto con la clase obrera, fuera del politiqueo personal y electoralesco.

el proletariado internacional

al Estado de los amortiguadores políticos y sociales de los que ayer estaba exento, y que se había vuelto incapaz de acallar los crecientes conflictos segregados por la formación de la sociedad moderna, y de mantenerlos dentro de los límites del Orden.

Todas las revoluciones burguesas no han hecho más que perfeccionar la máquina estatal en lugar de romperla, escribe Marx en el *18 Brumario*. La partida del Sha, la vuelta de Jomeiny, las difíciles transacciones con el ejército, pilar del Estado y del régimen, sobre el fondo de un capitalismo naciente que no poseía ningún amortiguador político ni social y, finalmente, el paso del poder estatal a manos del clero y de la burguesía"constitucional", no significaron un retorno al pasado ni, aún menos, la victoria de una *revolución*, sino que llevan inscrito la restauración de los engranajes estatales y un ulterior paso adelante en la vía de su reforzamiento, en la vía de una acumulación primitiva que, hoy como ayer, se ha realizado por doquier "sudando sangre y lodo por todos los poros". Los vencedores de hoy heredarán inexorablemente las tareas históricas del vencido de ayer.

En todas las caídas de regímenes donde el proletariado ha aportado la materia prima de la revuelta, la primera preocupación de las fuerzas que han cosechado para sí el fruto de la"victoria" ha sido el desarmamento de las masas insurrectas y el retorno de un Orden *económico y social* que es la causa última de su lucha. Irán no podía dejar de confirmar la regla (6). El ejército, no destruido y salvado del derrumbe gracias a la intervención "oportuna" del clero (7), las fuerzas conjugadas de la burguesía moderna y la reaccionaria, y los mismos feudales más o menos aburguesados, no pueden dejar de prefijarse el pronto retorno a la "paz social".

¿Pero esas masas de obreros que, tras de haber tenido durante meses en jaque a la monarquía y al ejército, han contribuido a asestarles un golpe estrepitoso, podrán sin más volver *voluntariamente* al trabajo, sin intentar por instinto plantear reivindicaciones propias que ninguna burguesía está dispuesta a consentirles? ¿Y el proletariado agrícola y el campesinado pobre, podrán *voluntariamente* detenerse a la puerta de esas relaciones de propiedad a horcajadas entre el pasado arcaico y las relaciones de producción capitalistas?

La revuelta "común" contra la monarquía esconde uno de esos "profundos malentendidos" que la burguesía francesa disipó con la metralla contra el proletariado en Junio de 1848, pero que es muy claro a los ojos de la burguesía constitucional como a los ojos del clero (8)."El frente social existente entre el proletariado y la pequeña burguesía debe romperse, escribíamos hace más de un mes (9). En efecto, el capital puede dar momentáneamente un respiro a la segunda y paralizarla, e incluso dirigirla contra el proletariado, mientras que éste último no puede de ninguna manera ser satisfecho por las reformas en preparación, sobre todo a la hora de la austeridad, y después de un movimiento de resistencia económico que no hace más que amplificarse desde su comienzo, ocho años atrás. Pero como políticamente esta ruptura no viene del proletariado, corre el riesgo de hacerse en las peores condiciones para él, de dejarlo sin preparación y maniatado por la "democracia islámica" frente al Estado, no dejándole más alternativa *que la resignación o un levantamiento desesperado*, en el que, esta vez, estaría bien solo".

Las revueltas de las masas obreras y semiproletarias de los países periféricos, que resultan de la presión del capital internacional, tanto sobre las regiones más desprovistas (Perú, Túnez, Egipto) como sobre las más provistas de capital (Irán), preanuncian el retorno de las grandes batallas del proletariado mundial. Las primeras, ya, plantean dramáticamente la exigencia del partido en un terreno de lucha que las segundas deberán recorrer inexorablemente. El partido que, reanudando el hilo rojo de Octubre, roto por la contrarrevolución y la degeneración stalinista, planteado sobre el terreno invariable de sus principios, de su programa, de su táctica y de su organización *internacionales*, no corra en pos de las mil variantes nacionales de *reformas* de regímenes burgueses, sino que al "realizar la organización consciente de aquella vanguardia del proletariado que ha comprendido la necesidad de unificar su propia acción, en el espacio, por encima de los intereses de diversos grupos, categorías o nacionales, y en el tiempo, subordinando al resultado final de la lucha las ventajas y las conquistas parciales que no modifican la esencia de la estructura burguesa"(10), tienda internacionalmente a la destrucción del capitalismo y del imperialismo, a la conquista del poder político y a la organización del proletariado en clase dominante, arrastrando en un torrente mundial el potencial revolucionario de las inmensas masas del semiproletariado y del campesino pobre de los continentes dominados.

---

(1) Cfr. "Irán : revolución capitalista "a la cosaca"", *El Programa Comunista* nº30, marzo-mayo 1979.

(2)"El curso histórico del movimiento de clase del proletariado. Guerras y crisis oportunistas", *ibid.*, nº22, diciembre de 1976.

(3)"Porque nosotros sabíamos (el estado de disgregación del ejército), el Sr. Barzagan (primer ministro del gobierno"islámico") insistió a Bajtiar (primer ministro del Sha) y a los jefes militares para que la transmisión de poderes se haga pacífica y rápidamente, lo que habría evitado lo que acaba de ocurrir", declaraban al día siguiente de la insurrección los medios cercanos a Jomeiny (*Le Monde*, 14/II). *18 horas después del comienzo de la insurrección* éste último reafirma en una emisión radiofónica que era "favorable a una solución pacífica", y agregaba: "Yo no he dado aún la orden de desencadenar la guerra santa y continúo deseando que el pueblo decida de su porvenir legalmente por la vía electoral". En tanto, su portavoz daba la orden a la población de aportar las armas conseguidas por intermedio de los soldados para "distribuirlas cuando la hora haya sonado..." (*Le Monde*, 13.II).

(4) El "armamento del pueblo" anunciado desde hacía semanas por el partido del clero, no podía ser más que el armamento de *sus* milicias *contra* el peligro de un desbordamiento obrero y plebeyo. Lo confirma, una vez más, su no llamamiento a la insurrección.

(6) "El gobierno provisorio revolucionario, presidido por M. Barzagan, ha lanzado un llamamiento a la población pidiéndole devolver las armas distribuidas por los militares de la aviación que el viernes entraron en disidencia contra la jerarquía del ejército" (*Le Monde*, 13.II).

(7) El 12.II el"gobierno islámico" lanzaba un patético llamado a la población "pidiéndole no atacar más las casernas y los edificios administrativos" puesto que "el Estado mayor general, la guardia imperial y los diferentes cuerpos del ejército se habían plegado al movimiento popular" (*Le Monde*, 13.II.).

(8) Al día siguiente de la caída del régimen, Barzagan declaraba ya "sin remilgos que no había que esperar milagros del gobierno provisorio (ni) satisfacer al 100 % las reivindicaciones populares y responder a todas las exigencia (*Le Monde*, 14.II,).

(9) "Irán es el mundo", *El Proletario* nº 3, febrero de 1979

(10) "Tesis de la Fracción Comunista Abstencionista del P. S. I. (1920), *El Programa Comunista*, nº 24, junio-septiembre de 1977.

La triste trayectoria

En el nº 2 de este periódico, al relatar las explosiones sociales que han sacudido Nicaragua desde inicios de esta década, demostramos la falsedad de la afirmación, ampliamente propagada no sólo por la prensa burguesa, sino también por la pretendidamente "revolucionaria", de que el Frente Sandinista haya sido el artífice de estas sublevaciones, en particular de la de agosto-septiembre de 1978. Vimos que, incluso cronológicamente, su acción ha seguido siempre al movimiento *espontáneo* de las masas explotadas, a las que *nunca* organizó ni preparó política y militarmente. Su acción guerrillera se ha desarrollado siempre sin ninguna ligazón seria con el *movimiento real* de las masas trabajadoras del campo (cuyo papel consideran fundamental, como todo buen guerrillerista) y, menos aún, de las ciudades, que fueron las principales protagonistas de estas explosiones.

La *apariencia* de dirección del movimiento no debe ocultarnos que existe no sólo una fractura profunda entre el FSLN y las masas explotadas, sino, peor aún, una *divergencia irreversible* entre el movimiento histórico de ambos. Si el simple hecho de que la Internacional Socialista y la misma Iglesia, estos gendarmes del orden capitalista mundial, hayan aprobado, elogiado y justificado plenamente el empleo de la violencia armada por parte del FSLN, no basta para poner en duda el carácter revolucionario de éste, la tendencia del FSLN a ponerse cada vez más decididamente a remolque de la prostituida oposición burguesa muestra inequívocamente el divorcio entre éste y la revolución.

Del romanticismo guerrillero al reformismo burgués

Esta tendencia salta a la vista al compararse las románticas teorizaciones guerrilleras idealizadas en las poéticas alturas de la sierra tropical *antes* de que la crisis social explotara, con las posiciones que va asumiendo *tras* la eclosión de ésta.

Es claro que, por su contenido pequeñoburgués, expresado en los principios democráticos, en el interclasismo, en el nacionalismo que emerge claramente en medio de las proclamaciones de continentalidad de la lucha revolucionaria, estas posiciones ya contenían el germen de los deslices futuros. En todo caso, en aquél período, predomina el lado revolucionario sobre el lado conciliador. Veamos, pues, como este desliz hacia el más vulgar reformismo burgués se concretiza en el terreno programático.

El programa del FSLN de 1969 (1) definía así el objetivo de la organización:

"El FSLN es una organización político-militar cuyo objetivo es la toma del poder político mediante la destrucción del aparato burocrático y militar de la dictadura gracias al establecimiento de un gobierno revolucionario basado en la alianza obrero-campesina y el concurso de todas las fuerzas antimperialistas del país".

Pero sobreviene la crisis económica y social, que provoca la irrupción de las masas obrero campesinas que los sandinistas definían como base del gobierno revolucionario, imponiéndoles cambiar el verbo revolucionario en acción revolucionaria. Confrontado a la realidad, el sueño guerrillerista, antimperialista se deshace, y el sandinismo termina por... cambiar su verbo. Así es que, en 1977, cuando empieza una nueva y potente oleada social, y cuando el FSLN abre, como suele decir, "un nuevo período" en su actividad, a través de su tendencia "tercerista", ya no se habla más de la lucha por el poder apoyada en la clase obrera y el campesinado. Muy por el contrario, el desarrollo de las acciones guerrilleras pasa a hacerse bajo el signo de la alianza con la oposición burguesa.

En efecto, el inicio de la nueva fase de ofensiva, lanzada por los "terceristas" (que se habían escindido de la que ha pasado a denominarse tendencia guerra popular prolongada), se da el 12/10/77. Ahora bien, de estos mismos días data la aparición de la llamada "Declaración de los Doce". La definición de sus autores (el "grupo de los 12") por *Lucha Sandinista* (abril de 1978) basta para caracterizarlos: "Conformado por profesionales, intelectuales, empresarios y religiosos", o sea, la flor y nata de la burguesía. El "grupo de los 12" será el canal a través del cual el sandinismo establecerá sus vínculos con la gran burguesía. Esta vinculación es acompañada por abandonos programáticos cada vez más grandes y vergonzosos.

Así es que la lucha antimperialista y antioligárquica basada en la alianza obrero-campesina de ayer es dejada de lado y remplazada por la lucha contra Somoza, la que ya no se basa más en *clases* bien definidas sino en la alianza con todos los "antisomocistas". Es la posición que los terceristas asumen desde su respuesta inmediata a la "declaración de los 12": "Nosotros aceptamos el llamado para participar en una *solución nacional* como el que hace el documento de los doce compatriotas, pero debemos señalar que ninguna solución puede darse en Nicaragua, sin que antes Somoza y el somocismo desaparezcan. (...) Que se vaya Somoza, que ningún Somoza permanezca en las filas del ejército y del gobierno. Que se desmantele el funesto aparato de corrupción y de crímenes que la dictadura representa y entonces el FSLN estará dispuesto a participar en la búsqueda de una solución nacional con todos los otros *sectores* honestos, patrióticos y antisomocistas del país (...) Nuestro objetivo inmediato es lograr que Nicaragua se libere de la dictadura somocista y que el país entre en un verdadero proceso democrático" (citado en *Che Guevara*, nº 3, órgano de la Junta de Coordinación Revolucionaria).

¡Estamos a mil leguas del programa de 1969! Ya no se trata de destruir el aparato burocrático y militar, sino sólo de sacar de éste a los Somoza. Más aún, el FSLN ya ni siquiera se propone encabezar la lucha antisomocista (¡no hablemos pues de toma revolucionaria del poder!) sino que se limita a pedir que *se* desmantele el "aparato somocista" (¡adiós la noción de Estado!). Pero, ¿quién más puede ser este *"se"* sino *la burguesía*? Planteándose como objetivo central la destitución de Somoza y la democratización "del país", el FSLN ingresa en el sórdido terreno de la oposición burguesa.

Esta rendición al reformismo burgués en toda la línea, se pone más al desnudo al año siguiente, 1978, que ha visto a los terceristas protagonizar las acciones armadas sandinistas de agosto-septiembre.

El programa de 1978

Ese año aparece un programa intitulado "¿Por qué lucha el Frente Sandinista junto al Pueblo?".

La introducción de dicho programa confirma el abandono de la formulación revolucionarizante de 1969 en lo que concierne a los objetivos, que son reducidos al banal antisomocismo expresado en el texto ya citado. La fórmula empleada es "llevar al poder un GOBIERNO DEMOCRATICO Y POPULAR", así con letras mayúsculas, y ya no más "la toma revolucionaria del poder político por el FSLN", como en 1969. Además del hecho de que las principales medidas económicas y sociales pierden el carácter (aunque vago) antimperialista y antioligárquico de 1969, y son remplazadas por la simple expropiación de los bienes de Somoza y consortes, vale la pena resaltar ciertos cambios notables en otros puntos capitales.

Ejército.- El programa de 1969 hablaba de abolir la Guardia Nacional y crear "un ejército popular, revolucionario y patriótico" y de armar a los obre-

del sandinismo

ros, campesinos, estudiantes y otros medios (??) que podrán organizarse en milicias populares". Clásica formulación de la democracia pequeñoburguesa radical. Ya en 1978, además de no hablar de suprimir la GN (singular olvido), se habla de crear "un nuevo ejército nacional", un ejército "democrático y popular", desapareciendo no sólo la calificación de revolucionario, sin duda demasiado desagradable a la burguesía, sino también las milicias populares, ¡más desagradables aún! Estamos frente a una clásica formulación *reformista burguesa*. Pero hay peor: la actitud hacia los componentes de la GN. En 1969 se dice que el ejército revolucionario estará abierto a los *soldados* de la GN, y bajo estas condiciones: "que hayan apoyado a la guerrilla", que"tengan las manos limpias de la sangre revolucionaria" y que no hayan "pillado al pueblo". En 1978 los criterios se han de tal modo aflojado que prácticamente *toda* la GN podrá ser incorporada al "nuevo ejército democrático". En efecto, no sólo los soldados sino también los oficiales podrán participar, y la condición, además del apoyo al FSLN, se reduce simplemente a ¡"los que se pasen a nuestras filas o *se rindan* a nuestras fuerzas!" ¡Oficiales de la GN, el día en que la burguesía y su patrón, el imperialismo yankee, decidan deshacerse de Somoza, rendíos a los sandinistas y conservaréis vuestros puestos! Mientras tanto, podéis seguir masacrando sin preocuparos por vuestro futuro...

La actitud hacia la Guardia Nacional parece estar evolucionando hacia posiciones aún más conciliadoras. Es lo que se desprende de una reciente entrevista del representante oficial del FSLN reunificado, Tomás Borge, al periódico español *El País*, donde la GN ya no aparece más como el enemigo mortal sino como un posible interlocutor: "Dialogaríamos con la GN para *lograr un entendimiento* (!!!), siempre que éste responda a los intereses del pueblo de Nicaragua". Y, como si esta bajada de pantalones no fuera suficiente, ofrece además la vaselina de la clemencia a estos mercenarios de la contrarevolución: "En este sentido, quiero señalar nuestra amplia disposición hacia la generosidad, aplicable a los prisioneros que tenemos y que hagamos en el futuro". Los comentarios obvian.

Actitud hacia el imperialismo.- El programa de 1969 habla de "poner fin a la ingerencia yankee" y de "expulsar la misión militar yankee y los Cuerpos de la Paz"; dedica un párrafo especial a la "abolición del tratado de Chamorro-Bryan (que) hace de Nicaragua y de otros países de Centroamérica dominios coloniales del imperialismo yankee"; mientras que, respecto a la deuda externa, anuncia que no se"reconocerá los préstamos usureros impuestos al país por los monopolios yankees". En 1978, ¡ya ni siquiera se menciona, ni de paso, al imperialismo yankee! Por ende, las medidas preconizadas en 1969 contra éste desaparecen... Es verdad que, para respetar los usos protocolares, se habla muy vagamente de "terminar con toda ingerencia extranjera", sin precisar *cómo* ni, sobre todo, *cuál* nacionalidad del "extranjero" en cuestión, a fin de no desagradar a la Casa Blanca y su nuevo huésped, Carter. Y, en lugar de la ennumeración sumaria de algunas de las manifestaciones de la dominación imperialista, que en 1969 se plantea suprimir, en 1978 se habla cobardemente de "desconocer todos los convenios ... que estén en contra de nuestra dignidad", vaga formulación condicional que deja abierta la puerta al... *reconocimiento de todos*. En cuanto a la cuestión crucial de los famosos "préstamos" (que no son más que una forma de la explotación imperialista), ¡ni siquiera se habla de ellos! No se trata de un "olvido", sino de un *rechazo* de esta medida. Es lo que explica Tomás Borge en la ya citada entrevista:

"Tenemos interés en fortalecer relaciones amistosas con todos los pueblos y Gobiernos del mundo, incluido EE.UU., siempre, por supuesto, bajo el postulado del más absoluto respeto a nuestra dignidad y soberanía. No queremos mantener contradicciones artificiales con nadie (¡los tormentos del yugo colonial ... una "contradicción artificial"!). Un aspecto importante en este sentido es nuestra disposición, manifestada ya en otras ocasiones, de respetar los compromisos contraídos anteriormente. Estamos dispuestos, sin demagogias ni estridencias (!), a renegociar nuestra deuda externa".

El MPU

Aunque sea de una sola de las tres tendencias del FSLN entonces existente, el programa de 1978 refleja perfectamente el desliz general del sandinismo hacia el total seguidismo en relación a la burguesía opositora y, por intermedio de ésta, al imperialismo, del que aquella es la criatura impotente y servil. Tan cierto es, que el programa del Movimiento Pueblo Unido, que sirvió de base a la unificación de las tres tendencias se calca claramente en el de 1978.

El Movimiento Pueblo Unido (MPU), en efecto, es creado apenas unas pocas semanas después del brutal aplastamiento de la última sublevación, en noviembre de 1978, en perfecta conformidad con la concepción, preconizada por los terceristas, de un frente amplio antisomocista, es decir, de una alianza con sectores cada vez más amplios de la burguesía. Lo denota su misma composición: las 25 organizaciones que lo integran son casi todas de estudiantes, artistas, intelectuales, profesionales y otros especímenes burgueses (tipo "Asociación de Mujeres Ante la Problemática Nacional", AMPRONAC - ¡sic! -).

En general, el programa del MPU retoma las mismas formulaciones de 1978 sobre los puntos principales (por ejemplo, ejército, imperialismo). Sin embargo, da un paso adelante en la triste trayectoria seguidista del sandinismo, que apoya al MPU sin reservas (y de cuyo programa salta a los ojos que ha sido el principal autor), al aportar "precisiones" que son otras tantas garantías, dadas a la burguesía, de su alineamiento a ésta y del abandono de cualquier veleidad revolucionaria.

La primera precisión aparece de entrada en la primera frase del programa político, que define como su objetivo "*dar al traste* con la dictadura somocista y promover un *cambio de gobierno*". Se remplaza la incómoda referencia al derrocamiento *revolucionario* de la dictadura, fórmula que privilegia la violencia en detrimento de las sórdidas maniobras de bastidor patrocinadas por el imperialismo, con la primera expresión subrayada. Y se demuestra la disposición de privilegiar a dichas maniobras (y someter a ellas la tan exaltada lucha armada), con la segunda, que, por otra parte, *da al traste* con los últimos vestigios de revolucionarismo (pues *revolución = destrucción del Estado*, mientras que *cambio de gobierno = continuidad del Estado*).

El párrafo siguiente (2. Gobierno) aporta otra de estas precisiones destinadas a dar garantías a la burguesía, al definir el gobierno como "de unidad democrática", *dando al traste* con el adjetivo "popular" de 1978, que sin duda provocaría escalofríos a la burguesía trayéndole la desagradable reminiscencia de las explosiones sociales pasadas. ¡ Las masas obrero-campesinas deben ser excluídas del poder, de la política, inclusive en las mismas formulaciones programáticas!

Otras dos significativas precisiones, que demuestran el carácter groseramente reformista del FSLN, están dadas en lo que concierne a la estructura jurídico-legal del Estado. Así, en el punto 3 (democratización del país), en el que ingresa esta fi

(sigue en pág. 12)

(1) Traducimos de *Documents du FSLN*, publicados en enero de 1973 por el *Centre d'Information Tiers Monde*, Louvain, Bélgica.

Peleguismo

Uno de los términos más consagrados de la jerga obrera brasileña es el de *pelego*. Siempre pronunciado con la alta carga del sano odio y profundo desprecio que uno nutre por el traidor, *pelego* designa a los burócratas y activistas sindicales que actúan como agentes del Estado y la patronal en los rangos obreros. Sin embargo, al lado del *peleguismo* abierto - es decir, de la política de desembozado servilismo al Ministerio de Trabajo (al que se hallan institucionalmente ligados los sindicatos) y a la patronal -, siempre ha existido, sobre todo en los momentos de efervescencia obrera, otro tipo de *peleguismo*, todavía más nocivo que aquél, porque disfraza con sus actitudes de pretendida defensa de los trabajadores, su sumisión a los intereses del capital. Esta última variante del *peleguismo* está hoy en pleno desarrollo, en momentos en que el movimiento obrero ensaya sus primeros pasos en la vía del reanudamiento de la acción reivindicativa.

Un ejemplo significativo de como la llamada "extrema izquierda" se pone a remolque de esta última variante del *peleguismo* está dado por un "documento" publicado en el nº 4 (julio - septiembre de 1978) de la revista trotskista mexicana *Coyoacán* titulado *Nuevas formas de organización del movimiento obrero en Brasil*.

Presentado como de una de las tendencias de la llamada "Oposição Sindical", el "documento" tiene un interés general porque sintetiza impecablemente la esencia de las imbecilidades dichas y pensadas desde hace más de diez años por el conjunto de las pretendidas organizaciones "revolucionarias" sobre la importante cuestión sindical.

No es preciso subrayar que, siendo la estructura sindical brasileña, con sus sindicatos de Estado, similar a la existente en numerosos países latinoamericanos, la discusión que aquí desarrollaremos tiene desde luego un interés no solo para Brasil, sino que su alcance es continental.

La oposición sindical

El objetivo fijado por el documento en el plano sindical es la "construcción de una organización independiente de la clase". Muy bien. Un objetivo paralelo está en que esta organización "tiene que pasar por el debilitamiento y, finalmente, la destrucción del sindicalismo oficiales" (pág. 74). Por supuesto. Sin embargo, no basta enunciar objetivos correctos: para que esta enunciación no sea pura *palabrería demagógica*, hay que indicar los medios para alcanzarlos. Y es aquí que los revolucionarios revelan su oportunismo visceral, mostrando una vez más que el enunciado de metas justas sólo sirve para ellos como un biombo para esconder la torpe realidad de su falta de independencia y su seguidismo políticos: en el caso, su trotar impúdico tras el *peleguismo* democrático. Veamos cómo.

Tras presentar el fin ansiado por todos, a continuación tratan de demostrar que, hoy por hoy, éste es inalcanzable. Sus argumentos son los mismos que ha sacado siempre el oportunismo de todos los tiempos para justificar su abandono - más bien, su traición - de la política clasista y revolucionaria:"... *actualmente*, la clase obrera es demasiado débil para transformar en hechos sus deseos y necesidades (no serán ellos, por cierto, quienes contribuirán a fortalecerla, -ndr). En otras palabras, la *actual* relación de fuerzas entre burguesía y proletariado es de tal forma favorable a la burguesía que la destrucción del sindicalismo oficial es un objetivo *remoto*"(pág. 74). La deducción es evidente, para quien conoce la "lógica" oportunista: ¡dado que no se puede destruir *ya, hoy*, el sindicalismo oficial hay que participar en él! Y es de esta participación que nacerá la "organización idependiente" que propugnan.

El eje de esta participación es la *Oposição Sindical:* es del desarrollo de ésta que se puede esperar aquél doble objetivo. "Solamente cuando la oposición sindical tenga la fuerza suficiente para dejar de ser una idea de alternativa para el sindicalismo oficial y pase a ser la alternativa real(!) la destrucción del sindicalismo oficial pasará a ser objetivo inmediato" (pág. 74); "la OS representa el instrumento principal de organización independiente de la clase obrera" (pág. 73).

¿Qué es, pues, la tan alabada OS ? Primero, es substancialmente un movimiento conducido por *pelegos* (de oposición, ¡pero no por eso menos pelegos!) y, además, impulsada por la Iglesia y la oposición burguesa, hecho que *por sí solo* ya sería suficiente para quitarle el "contenido de clase" que los trotskistas le atribuyen. Segundo, es un movimiento que se desarrolla *en el marco del sindicalismo oficial*, es decir, en el marco del *peleguismo*. Por último, es el principal factor en el campo sindical, para la reforma democrática del Estado burgués. El análisis de estos dos últimos puntos es importante.

Empecemos por el tercero. Desde nuestro primer número hemos mostrado que hay una *tendencia* a la democratización de los Estados latinoamericanos, la cual tiene por objetivo el volverlos más aptos a hacer frente a las tensiones sociales que necesariamente explotarán como consecuencia de la crisis mundial del capitalismo. Por lo tanto, esta democratización - que está en pleno desarrollo en Brasil - incluye necesariamente el remplazo de la estructura "verticalista" actual, inspirada en el modelo fascista, por unos sindicatos *institucionalmente* independientes del Estado y que, por ello mismo, aparecen falazmente como órganos de clase. Pero esta apariencia clasista sólo sirve para encubrir la función de instrumentos de la paz social, de la colaboración de clases, función que le imprimen las direcciones sindicales al servicio del capitalismo.

El secular y sólido desarrollo del capitalismo europeo, "modelo" clásico del desarrollo burgués, ha producido en aquél continente una *fuerza de conservación social* nutrida con las migajas de la explotación imperialista del orbe, que hace falta en América Latina: el oportunismo obrero "comunista" y "socialista", que ha sido el que ha posibilitado ahí el pasaje del sindicalismo fascista al sindicato democrático actual. Uno de los sucedáneos que el joven, y todavía relativamente débil, capitalismo latinoamericano tiene para el oportunismo son precisamente estas oposiciones sindicales, que surgirán seguramente también en otros países.

Que ella desempeñe esta función francamente *antiproletaria y contrarrevolucionaria*, está demostrado por el hecho de que los *pelegos* que están a su cabeza hagan suya la bandera de la democracia, de la Constituyente, etc.; y no solo los *pelegos*, sino la totalidad de los "izquierdistas" que la integran (sin hablar de la Santa Madre Iglesia, que los bendice a todos). No es necesario detenernos en esta demostración: es útil, empero, mostrar que la oposición sindical *no puede ser más* que esto, ya que esto lleva a plantear algunas exigencias fundamentales de la lucha reivindicativa clasista.

Romper con los métodos del peleguismo

Como su propio nombre lo indica, la oposición sindical representa una simple oposición al *peleguismo* "oficialista" *dentro* del sindicato, es decir, cuya acción se desarrolla a través de los mismos mecanismos sindicales existentes y en el estricto respeto de la actual legislación laboral. Y el *peleguismo* se define precisamente por la *subordinación a estas reglas y estructuras*. Quizás nos contestarán que las plataformas reivindicativas presentadas por la OS son dife-

democrático

rentes de las de los oficialistas: pero lo que caracteriza a una organización de clase no son tanto las reivindicaciones en sí mismas como los principios que orientan su actividad a través de las vicisitudes generales de la lucha de clase y, de acuerdo con estos principios, las reivindicaciones y los métodos de la lucha. Pero los únicos principios de la OS son los de la *colaboración de clases*, no la impuesta *abiertamente* por el Estado, sino la *voluntariamente consentida* por estos "representantes" de los obreros. Lo que la diferencia de los otros pelegos es una cuestión *de forma*, y no de contenido. Y los únicos métodos que la OS emplea son los admitidos por la legislación laboral (procedimientos de negociación, de convenios colectivos, huelgas legales, arbitrajes, etc,.). Es precisamente el hecho de subordinarse a este marco legal lo que hace que la OS - como cualquier otro movimiento que se desarrolle como parte del aparato sindical - nunca podrá ser más que un simple apéndice de la democracia burguesa, más que la heredera democrática del *peleguismo* oficial.

Un ejemplo de cómo al "peleguismo democrático" ni siquiera por demagogia le viene a la cabeza la idea de cuestionar a todo este aparato legal, al que la burguesía intenta reducir la lucha de clase en el plano reivindicativo, está dado por el mismo documento. En efecto, podemos leer en un párrafo en que se pretende demostrar la importancia trascendental de los sindicatos oficiales (pág. 75):"Las elecciones sindicales son momentos de discusión y de organización de clase. Los *dissidios* (laudos -ndr) colectivos también lo son, así como las campañas salariales". ¡Momentos de organización de clase, los procedimientos legales establecidos por la legislación laboral copiada de la Carta del Lavoro de Mussolini! (1). Y si aclaramos que los *dissidios* consisten en someter a la Justicia del Trabajo la decisión sobre aumentos salariales cuando no hay acuerdo entre patronal y pelegos, veremos en qué grado de putrefacción se halla la"izquierda revolucionaria". ¡La democracia estará sin duda bien servida!

La organización sindical de clase sólo puede ser el producto de una lucha conducida contra el marco laboral fijado por el Estado mediante la aplicación de los métodos de la lucha de clase. El método clasista no consiste en limitarse a suplicar de los tribunales una sentencia favorable, sino en presionar al patrón mediante la acción directa; no consiste en limitarse a "hacer campaña salarial" una vez por año, con fecha fija, sino en organizar concienzudamente la huelga para iniciarla, sin preaviso e ilimitada, en el momento más propicio para los obreros; no consiste en limitarse a pedir a las autoridades oficiales correctivos al índice gubernamental de aumento esgrimiendo sutilísimas argumentaciones sacadas de las estadísticas oficiales sino en exigir los aumentos que necesitan los obreros. Y así sucesivamente. No es preciso insistir en que el sindicato oficial no puede hacer suyos estos métodos.

Por supuesto, esta organización no puede nacer de la noche a la mañana, sino que será el producto de un proceso - necesariamente *de larga duración* - de acumulación de penosas experiencias de lucha. Por otra parte, su constitución exige un nivel de intensidad, extensión y permanencia de la lucha obrera del que hoy se está muy lejos.

Pero, a diferencia de estos representantes ultradegenerados de la "extrema izquierda", no es porque el objetivo sea lejano que lo debemos abandonar en el presente: por el contrario, cuanto más remota aparezca la meta, más encarnizadamente hay que defenderla. Es, por consiguiente, imperativo empezar desde ya la labor en el sentido de preparar al proletariado a plantear su lucha en el terreno clasista.

Por una parte se trata de luchar para importar en la clase los principios, métodos y objetivos de clase, lo que implica no solo un trabajo continuado de propaganda de éstos y de crítica de aquellos fijados por los diferentes agentes de la burguesía en la clase obrera (debiendo ser uno de los blancos principales las fuerzas de la democracia), sino también de hacer el balance de las luchas a la luz de las exigencias de la lucha de clase, sacando las conclusiones que permitan llevar adelante, cada vez con mayor firmeza, el arduo trabajo sindical. Por otra parte, se trata de crear, sobre la base de este trabajo, vínculos organizativos estables entre proletarios combativos con el objetivo de coordinar las energías que logren escapar al pantano colaboracionista en el que *pelegos*"oficiales" y de "oposición" (¡los últimos son peores todavía!) las zambullen. Es evidente que estos vínculos no pueden ser creados a través de la estructura del sindicato oficial, de su aparato. Es asimismo evidente que su constitución exige una *intensa participación* de los militantes revolucionarios en las luchas obreras.

¿Trabajar en el sindicato oficial?

Hace falta todavía aclarar un aspecto de la actitud hacia el sindicalismo oficial. Hemos defendido que, para librar su lucha en el terreno clasista, los obreros deben volverles las espaldas, que éste nunca podrá ser la matriz de una organización de clase. Pero es evidente que el sindicato oficial ejerce una influencia considerable en el proletariado, basada sobre todo en su enorme aparato de "servicios sociales", influencia que debe ser tomada en consideración al determinar nuestra actitud en relación a él. Se trata, pues, de ver que medios emplear para torpedear esta influencia: ¿trabajar únicamente fuera del sindicato, o bien desarrollar *asimismo* una labor en el interior de éste? Reservando para más adelante un examen profundizado de este delicado problema, nos limitaremos aquí a algunas observaciones.

Primero, como queda claro de lo argumentado hasta aquí, el objetivo de una labor en el interior del sindicato sólo puede ser el de arrancar los obreros a su influencia. Por lo tanto, el centro de la actividad sindical no puede estar *dentro* del sindicato oficial, en ninguno de sus apéndices estructurales (como las

(sigue en pág. 12)

---

(1) La identificación - inconsciente, por cierto (pero ¿no es esto un agravante?) - de los revolucionarísimos autores del documento con la ideología corporativa del fascismo no queda ahí. Al explicar lo que entienden por organización independiente de clase, escriben (pág. 69, subrayado nuestro): "La base real de la organización independiente de la clase obrera que se busca *tiene un contenido corporativo*, esto es, profesional, *y nada más que eso*". Una definición que agradaría muchísimo al Duce. Pero van aún más lejos, al explicar qué es ésta tan hablada independencia. "... la relación de la organización independiente de la clase obrera debe ser diferente con las organizaciones independientes de los campesinos y los latifundistas, por ejemplo. Es porque los objetivos de la lucha de los campesinos están *más cerca* de los obreros *que* los intereses de los latifundistas", etc. O sea, los obreros no están separados de los latifundistas por un abismo de clase insalvable, sino que se hallan *en el mismo plano* que éstos, de los que sólo están *menos cerca* que, "por ejemplo", de los campesinos. Pero es la idea de que cada clase ("latifundistas, campesinos, asalariados agrícolas, pequeña burguesía, etc" -ibid) contará con su *organización independiente* encargada de defender los respectivos *intereses corporativos*, en relación a los cuales los obreros estarían *más o menos cerca*, es esa idea la que arrancaría los aplausos entusiastas de un Mussolini. Pues, distinguidos señores, ¡es precisamente la teorización de esta idea la que está en la base del *corporativismo* fascista!

Los pelegos en acción

(viene de pág. 1)
sin embargo, firmado el 12/3. El acuerdo preveía aumentos muy superiores al índice máximo permitido por el gobierno (44%): 63% para los que ganan entre 1 y 3 salarios mínimos, 57% para 3 a 10 s.m. y 44% para más de 10 s.m. Los obreros han rechazado la proposición decidiendo la huelga por los 78,1% exigidos inicialmente.

Dando pruebas de una hipocresía inimitable, los dirigentes sindicales del ABC trataron de ponerse a la cabeza del movimiento, fingiendo organizarlo y radicalizarlo sólo para impedir que éste escapara a su control y "degenerara" en un enfrentamiento abierto con la patronal, el Estado y...los sindicatos. Han sido ellos, pues, los que han llamado oficialmente a la huelga, pero sólo lo han hecho debido a la irresistible presión de la base y para sabotearla apenas convocada.

Así, desde el inicio trataron de convencer a los trabajadores de que la proposición de la patronal era "razonable", que "atiende a los intereses de la mayoría de nuestra categoría" (palabras de Lula, presidente del mayor sindicato del ABC, el de S. Bernardo, al convocar la huelga, ESP, 13/3). Para desviarla de la reivindicación salarial con el fin evidente de hacer pasar la proposición patronal apenas la lucha retroceda, los "pelegos democráticos" han tratado de centrarla en la reivindicación de la institución de delegados sindicales de fábrica, que Lula presenta a los obreros como "punto de honor de nuestra campaña" (id.) y que en la estructura sindical actual sólo tiene interés para los pelegos, no para los trabajadores.

Pero los "pelegos democráticos" no se han limitado a desvirtuar los fines, sino también los medios, como las asambleas. Las multitudinarias asambleas que reunían cotidianamente a más de 100 mil obreros (en el campo de fútbol de S. Bernardo se reunían 60 a 80 mil cada día), los pelegos las han transformado en un medio para vaciar la lucha de todo contenido clasista. Las han desvirtuado en una especie de kermese, en la que ellos ejercitaban sus dotes oratorias exhortando a los obreros al pacifismo, se tocaba música, se representaban piezas de teatro y, sobre todo, ¡se cantaba el himno nacional y se rezaba! Para eso, los pelegos han contado con la preciosa ayuda del obispo de S. André, que aportó el verbo y la bendición divinas...

También los piquetes han sido objeto del sabotaje de los "pelegos democráticos". A comienzos de la huelga, el inefable Lula hace a los trabajadores esta apasionada exhortación (14/3 a la mañana): "¡No vayáis a las puertas de las fábricas, por amor de Dios, no déis motivos para la represión policial! ¡Quedáos en casa durmiendo!" (ESP, 15/3).

A pesar de las exhortaciones y del sabotaje, los piquetes se han desarrollado y han sido un elemento decisivo para la extensión de la huelga. Y no sólo en el ABC, sino también en las ciudades del interior, a las que varios obreros del ABC se trasladaron para formar piquetes con los compañeros locales y paralizar las fábricas. Gracias a esto, concentraciones industriales importantes como São José dos Campos, Campinas, Jacareí, Caçapava, etc, han sido arrastradas al movimiento, rompiendo el acuerdo que los sindicatos locales habían firmado con la patronal.

A pesar de las maniobras de los pelegos, de las intimidaciones policiales, de las tentativas patronales de dividir el movimiento (por ejemplo, ofreciendo a los trabajadores la posibilidad de firmar el acuerdo individualmente), la lucha se mantiene firme y tiende a agudizarse. Es en plena agudización de la lucha que los pelegos firman un acuerdo con la patronal, en presencia del ministro de Trabajo, que había viajado a S. Paulo con este objetivo. Pero la asamblea de S. Bernardo lo rechaza, y el 23/3 el ministro decreta la intervención en los sindicatos del ABC, destituyendo sus direcciones. Las ciudades son ocupadas por la Policía Militar desde las 4 de la mañana, las sedes de los sindicatos rodeadas por un fuerte dispositivo policial. No obstante, los trabajadores no se atemorizan.

No logrando entrar en el campo de fútbol, por estar ocupado por la policía, varios miles de trabajadores se dirigen en pequeños grupos hacia la plaza de la alcaldía, donde se concentran hasta las 4 de la tarde, en que llega un fuerte aparato policial. Los trabajadores, en aplastante superioridad numérica, estaban más que dispuestos a comerse la policía, lo que ha sido evitado por la providencial intervención del alcalde, por supuesto "de izquierda" y amigo de Lula. Evitado el choque, se canta una vez más el himno nacional y, para finalizar de modo ecuménico, el omnipresente obispo exhorta a todos a rezar un enésimo padre nuestro.

Pero una vez más las oraciones no fueron suficientes para aplacar los espíritus. Los obreros salen en desfile de la plaza de la alcaldía hasta la sede del sindicato, marchando con los puños erguidos y repitiendo sus consignas. Al verlos llegar, la tropa policial que ocupaba el local huye, juntamente con el interventor, bajo una lluvia de piedras, y los obreros pasan a ocuparlo.

Con la intervención, astutamente decretada el viernes, el gobierno esperaba que la situación "se normalizara", que el movimiento, sin tener locales para reunirse, con las ciudades ocupadas por la policía, se enfriara durante el fin de semana. ¡Pura ilusión! Aunque el lunes algunos obreros vuelven al trabajo, el martes se empieza a observar una tendencia al reanudamiento del movimiento pues la asistencia al trabajo decrece significativamente. Según la patronal, con la excepción de la GM (82% presentes), en las demás fábricas la presencia laboral era inferior al 40% en la mañana del martes. La fuerza no había resuelto el problema, había que emplear el consenso democrático y, por lo tanto, Lula.

Así, el mismo martes 27 se vuelve a abrir el campo de fútbol donde es convocada una nueva asamblea a las 15h45, bajo la presidencia de Lula que, a pesar de haber sido destituído del sindicato, continuaba prestando sus servicios a la burguesía (un ejemplo del celo con que los ha prestado es que desde el día 24 se mantuvo en contacto telefónico directo con el ministro de Trabajo, cf. JB, 28/3). Teniendo a su lado al inseparable obispo de S. André, "Lula acaba con la huelga", como titula el JB del 28/3, convenciendo a los obreros de volver al trabajo a cambio de promesas del tipo: "prometo - y es palabra de honor - que haremos un acuerdo mejor que el que ha sido hecho con la Federación de los Metalúrgicos". Desorientados, los trabajadores aceptan la vuelta al trabajo. Jubiloso, Lula llama a los trabajadores a rezar un último padre nuestro y la...ceremonia termina - obviamente - cantando el himno nacional "bajo la regencia del obispo" (JB, 28/3).

Nada más natural que la burguesía esté encantada con Lula, tratando de poner en evidencia que, desde luego, la intervención no ha sido contra él y sus acólitos, sino para "poner orden en el sindicato", un orden que los trabajadores habían turbado. Como afirma el presidente de la patronal de la industria automovilística, "el proceso democrático precisa de líderes sindicales con posiciones coherentes como la tomada por Lula al sugerir la suspensión de la huelga y no de líderes que huyen a la ley" (JB, 28/3). Así, lo que más preocupa ahora a la patronal es la vuelta a la legalidad de las direcciones sindicales destituídas, pues, como dice un alto dirigente de la Federación de Industrias de SP, "la presencia de Lula es importante, pues manteniéndose a él como líder sabremos con quién negociamos" (JB, 29/3). El gran empresario y líder patronal José Mindlin añade: "Lula es un líder que no puede ser alejado del sindicalismo brasileño" (JB, 28/3). Y decir que éste es el ídolo de las "izquierdas"...

El conflicto China-Vietnam

(viene de pág. 1)

naria era inaceptable para la burguesía vietnamita, dado que, además de presuponer la radicalización de las masas en la revolución agraria, cosa de por sí excluida, dicha victoria revolucionaria ciertamente se extendería como reguero de pólvora hacia el Oeste, rompiendo el equilibrio - ya precario - del área hindú y amenazando con propagarse de ahí hasta el Medio y Próximo Oriente. La época heroica de las cruzadas napoleónicas ya está desde hace mucho terminada: el tremendo peso del imperialismo hace sí que hoy, en lugar de luchar por la extensión de su revolución, las burguesías traten, ante todo, de limitarla, inclusive cuando esto supone (como es el caso vietnamita) sacrificar sus propios intereses en pro del interés burgués general de mantenimiento del statu quo.

Sin embargo, la unificación de Indochina es una tendencia histórica irrefrenable, una exigencia *material* imprescindible del desarrollo capitalista de la región: una ojeada en el mapa basta para hacernos comprender que, aunque más no fuera para la simple comunicación entre norte y sur, la burguesía vietnamita debe realizar esta unificación so pena de morir de asfixia económica. Así, congénitamente incapaz de hacerlo por la vía revolucionaria, trata de hacerlo en forma contrarrevolucionaria, "a la prusiana".

La intervención en Camboya ha puesto al desnudo el doble papel de Vietnam: por una parte, cumpliendo su función de guardián del orden en la región, ha intervenido para sofocar la revolución campesina e impedir su propagación al resto de la península (inclusive en su propio país, ya que las tensiones entre campesinos y burguesía subsisten en el mismo Vietnam); por otra, revela su tendencia a unificar el conjunto de la región bajo su bota.

Constantes de la política asiática de Pekín

Tras haber dado como pretexto los motivos más inverosímiles, China ha dejado traslucir la causa de su agresión al condicionar la retirada de sus tropas a la de las tropas vietnamitas en Camboya. Esta agresión, decíamos al inicio, está en perfecta continuidad con la política indochina de Pekín, aunque la misma no había asumido hasta hoy una forma tan violenta. Esta política no tiene nada que ver con el socialismo y el internacionalismo proletario, sino que es pura y simplemente la expresión de los intereses materiales, vulgarmente burgueses, del Estado capitalista chino.

Una constante de la política asiática de China, dictada por los imperativos materiales de la existencia estable de su Estado, ha sido la de impedir a toda costa la formación de nuevos Estados vecinos importantes: ¡ya es suficiente con tener en sus fronteras a la India, Rusia y Japón! Así, siempre ha estado por el fraccionamiento de las regiones periféricas en el mayor número posible de Estados.

Desde su victoria, la burguesía china no solo tuvo, como la vietnamita, la preocupación de impedir la propagación de su revolución a todo el Oriente y de ahí hacia el oeste, como era su tendencia histórica, sino que ha volcado todo su peso de gigante para sofocar los incendios (o simples focos) nacionalrevolucionarios en el continente asiático. Al oeste, por ejemplo, ha militado activamente contra los intentos hindúes de unificación (también "a la prusiana") de su área geohistórica, y ha patentado su papel profundamente contrarrevolucionario de gendarme asiático al apoyar abiertamente a la siniestra señora Bandaranaike en el aplastamiento de la insurrección campesina que explotó en marzo del 71 en Ceylán. En el sudeste asiático, no obstante las mentiras de su propaganda oficial, no ha desempeñado un papel menos contrarrevolucionario: lejos de apoyar al movimiento nacionalrevolucionario de las masas plebeyas y campesinas, ha participado activamente en su sabotaje, secundando en particular a las grandes potencias imperialistas en las división en dos Estados de un Vietnam que, con la victoria sobre el imperialismo francés, hubiera debido ser naturalmente único. No hace falta recordar que si los grandes rapaces mundiales invitaron a China a sentarse a la mesa de negociaciones en Ginebra, en 1954, lo hicieron por saber que ella estaba asimismo interesada en impedir la unificación no solo de Indochina, sino incluso del solo Vietnam.

Un solo dato permite comprender por qué la creación de un Estado indochino único crearía un nuevo foco potencial de tensión para el Estado chino (o, para emplear el vocablo en boga, sería un factor potencial de desestabilización): sumando a la población de Vietnam (cerca de 47 millones), las de Camboya y Laos (donde la penetración vietnamita es un hecho), obtendríamos la apreciable cifra de casi 60 millones; pero si agregamos la de Tailandia, país que el expansionismo vietnamita tendería a englobar en una fase posterior, ¡alcanzaríamos casi 100 millones de habitantes! Y si además de este simple hecho físico, tomamos en cuenta las inmensas riquezas de la región, su importancia estratégica, etc., saltará a la vista la magnitud de la amenaza que tal Estado sería para la burguesía china.

A este hecho, ya de por sí decisivo, se añade otro importante factor: la política expansionista de Vietnam se inscribe en un contexto histórico mundial de *preguerra*. Es decir, tiene lugar en una fase de preparación de los alineamientos de una nueva guerra mundial imperialista, que tendrá uno de sus centros principales precisamente en Asia, cuya hegemonía es disputada por los dos gigantes de la región: China y la URSS. Un hecho más que comprueba como la intervención vietnamita en Camboya se inscribe en la preparación del próximo conflicto mundial está en que ella ha sido una consecuencia del pacto militar soviético-vietnamita, firmado el 3.11.78.

Ahora bien, una Indochina unificada sería un tremendo golpe para la preparación estratégica china en Extremo Oriente. Por una parte, constituiría un formidable punto de apoyo para su rival directo, el imperialismo ruso.

Por otra parte, pesaría mucho contra la actual alianza de Japón con China, que ya tiene para el primero el inconveniente de atarle a su principal rival económico, los EE.UU., del que China difícilmente podrá prescindir. En efecto, el cambio de China por la URSS e Indochina, lo que le desembarazaría a la vez del Tío Sam, sería tentador para Tokio. La burguesía vietnamita es consciente de ello, tanto que hizo gestiones en el sentido de que Tokio interviniera como mediador en el actual conflicto con China.

Mas allá del desenlace de la revolución indochina, la región es hoy un teatro de la preparación de la tercera guerra mundial, perfilándose detrás de los protagonistas locales - Camboya, China y Vietnam - los dos protagonistas mundiales del futuro conflicto: EE.UU. y la URSS. La agresión china no acarreará hoy su explosión: las condiciones no están todavía suficientemente maduras para ello. Sin embargo, al mismo tiempo que consagra la entrada de China en el rango de las potencias *imperialistas*, la intervención china ha encendido uno de los focos de la nueva guerra mundial en incubación. Sólo podrá apagarlo la unión internacional del proletariado, en particular del proletariado asiático (chino incluso), en la lucha contra "sus" Estados burgueses (el chino incluso) y por la revolución comunista mundial.

¡Sostened y difundid la prensa del Partido! ¡Suscrivíos!

La triste trayectoria del sandinismo

(viene de pág. 7)
gura tan en boga actualmente, la Asamblea Constituyente, se afirma que ésta "*revisará* la Constitución Nacional" para dotarla de un contenido democrático. O sea, ¡ni siquiera se va a revocar la constitución *somocista* (lo que, por otra parte, no tiene en sí nada de revolucionario)! Y revisarla significa mantener sus disposiciones esenciales sobre todo en lo que concierne a la continuidad del aparato Estatal.

En efecto, no solo la jerarquía militar podrá guardar sus puestos en el nuevo ejército nacional, como vimos en el programa de 1978 (que es prácticamente repetido aquí), sino que serán preservados el mismo sistema judicial y la misma magistratura que ha dado la sanción legal a la"dictadura somocista", condenando tantos militantes y trabajadores. En efecto, el programa sólo pretende "*revisar* el sistema judicial para darle un carácter democrático" y "erradicar la corrupción administrativa y la venalidad de los jueces". ¡Señores burgueses, tranquilizaos: la temible"revolución popular sandinista" no será nada más que un simple *cambio de gobierno* que hará algunas reformitas inofensivas!

Como si todo esto no bastara, el FSLN (siempre a través del MPU) aporta algunas precisiones del mismo tipo en el plano económico. Además de asegurar a la empresa privada el apoyo del "gobierno de unidad democrática" y garantizarle la participación en la elaboración del "Plan de Desarrollo Industrial" (ver punto 9), aporta una prueba suplementaria del renegamiento de sus antiguas utopías serranas en el punto 8 (agricultura). Allí trata de dar a los latifundistas la garantía de que estos ya no tienen por qué temer la revolución agraria, campesina, antilatifundista, preconizada en su día por el FSLN: la "reforma agraria integral" que el sandinismo preconiza hoy a través del MPU ¡hasta los ayudará! Así es que, coronando las siete medidas a que se resume esta reforma (como siempre, el punto central es la confiscación de las tierras de los Somoza), un punto especial precisa enfáticamente que "el Estado concederá préstamos a todos los productores (grandes, medianos y pequeños)". ¡He aquí donde han terminado los ex-apóstoles de la revolución antimperialista campesina!

La trayectoria del sandinismo, desde la guerrilla que pretendía movilizar ante todo al campesinado en la lucha contra el imperialismo y el latifundio hasta volverse un vulgar e impotente *apéndice* del reformismo democrático *burgués* (el que, por otra parte, cuenta con el apoyo abierto del amo yankee), tiene un alcance histórico que va mucho más allá de las fronteras de la pequeña Nicaragua y del sólo FSLN. Ella aporta una nueva confirmación, ya dada por la trayectoria de Cuba, del castrismo, de la bancarrota del radicalismo democrático pequeñoburgués en Latinoamérica. Comprueba que, en la época presente, las fuerzas que se plantean en el terreno democrático están condenadas, aunque preconicen la violencia armada,a volverse un instrumento, concientes o no, de la maniobra contrarevolucionaria, conducida por el imperialismo y sus comparsas burguesas autóctonas, que consiste en servirse de la democratización de los distintos Estados como recurso para preservar a éstos contra las explosiones sociales, de cuño fundamentalmente proletario, que la crisis mundial acarreará necesariamente.

Al mismo tiempo, esta bancarrota es un llamado a la única tarea consecuentemente revolucionaria: la de preparar a escala continental, la revolución proletaria, comunista, y su órgano imprescindible, el partido de clase, que sólo puede constituirse en oposición diametral a la democracia y a todos los partidos de ésta, única perspectiva programática capaz de integrar la revuelta de las masas proletarizadas y campesinas revolucionarias en un torrente mundial capaz de derrotar al imperialismo y a sus aliados locales.

A esta tarea deben dedicarse los revolucionarios sinceros que se han dejado ilusionar por la "gesta" sandinista(???) si no quieren ver desperdigarse en vano -o peor aún, en el *sentido opuesto* al que ansían- su coraje, determinación y energías indiscutibles, y hasta sus mismas vidas.

Peleguismo democrático

(viene de pág. 9)
oposiciones sindicales) sino *fuera de él*.

Segundo, es un trabajo a ser llevado *clandestinamente por el partido*, a través de una organización *especial* de éste. En otras palabras, no solo el partido jamás hará (como lo hacen los izquierdosos)propaganda para la afiliación en el sindicato oficial, sino que ni siquiera todos sus militantes "sindicales" serán necesariamente afectados a este trabajo.

Tercero, este trabajo no puede llevarnos en ninguna hipótesis a *participar* en los mecanismos y el aparato de estos sindicatos. En particular, nunca participaremos en las elecciones - y mucho menos aún podremos asumir cargos de responsabilidad en el aparato -, pues hasta la simple participación en la campaña electoral (como lista de oposición, o apoyando como quiera que sea a una lista) sólo llevaría , en la práctica, a hacer creer a los trabajadores que se puede cambiar el sindicato por esta vía, volverlo un instrumento de la lucha de clase. El trabajo en el seno del sindicato oficial se reduce esencialmente a un trabajo de propaganda de los principios de la lucha de clase, de crítica de los planteos de los *pelegos* (oficiales y de oposición), de consolidación de vínculos con obreros combativos con el fin de organizarlos para la lucha sindical fuera del aparato sindical oficial y del control de ambas formas de *peleguismo*.

Finalmente, el hecho de que debemos tender a destruir el sindicato oficial no significa que debemos desarrollar este trabajo agitando la consigna de ¡"fuera de los sindicatos"! *en las condiciones actuales*. El lanzamiento de esta consigna sólo tiene sentido cuando se apoya en fuerzas reales, en una tendencia real de la clase a romper con el sindicato oficial y orientarse hacia la constitución del asociacionismo clasista. Si éstas no existen,la consigna no pasará de una palabra vacía que, en lugar de hacer avanzar las cosas, sólo engendraría la confusión.

EL PROGRAMA COMUNISTA

nº 30

Marzo - Mayo 1979

- LA DEFENSA DEL MARXISMO ES LA DEFENSA DEL ARMA DE LA REVOLUCION PROLETARIA.
- CURSO DEL IMPERIALISMO MUNDIAL: la ofensiva del capital contra la clase obrera.
- EL TERRORISMO Y EL DIFICIL CAMINO DEL REANUDAMIENTO GENERAL DE LA LUCHA DE CLASE.
- IRAN: revolución capitalista "a la cosaca".
- NOTA DE LECTURA: no solo el stalinismo tiene su escuela de falsificación.

EE.UU: US$ 1
Aca. Lat: US$ 0,75

Editor responsable :
GIUSTO COPPI

Correspondencia :
Casella Postale 962
Milano ITALIA